

LIBERTAD PARA LAS ARTES Y RESPONSABILIDAD SOCIAL

(Libertad y Ética en el arte)

Claudio di Girolamo

INTRODUCCION

Una aclaración previa y absolutamente necesaria. Voy a abordar la relación entre libertad artística y la responsabilidad social, desde un punto de vista empírico, basado en mi experiencia personal, tanto en el propio quehacer artístico como en el ejercicio de un cargo público de responsabilidad en el campo de las políticas culturales desde el Estado, durante los últimos siete años.

He gastado gran parte de mi vida **haciendo** arte en distintas disciplinas, y lo que hoy pueda aportar aquí será el resultado de una especie de revisión de los problemas éticos y estéticos que me he visto obligado a resolver sobre la marcha, al momento de realizar mis obras o impulsar políticas culturales que tenían, como fin último, crear una relación de complicidad con los demás para aunar sensibilidades y voluntades tras el objetivo común de construir una sociedad diferente, equitativa y hermosa.

Lo que sigue, tendrá más bien el carácter de un testimonio o de una reflexión en voz alta, frente a ustedes, acerca de las dificultades y de los hallazgos que he encontrado al tratar de llegar a comunicarme con tantos "otros" diferentes a mí, para invitarlos a que, juntos, asumamos con valentía las exigencias que nos impone la realización de nuestros propios sueños.

EL ARTE, CONSTRUCTORA DE SUEÑOS

Comenzaré con una primera aseveración acerca del arte.

El arte es, tal vez, la actividad humana que por su propia naturaleza, junto con la teología, tiene el MISTERIO como la materia prima con la que construye sus infinitas expresiones. Desde hace milenios, una multitud de artistas trata de develarlo para entregarlo a los demás, volviendo a la carga una y otra vez, soportando mil derrotas, sin obtener nunca éxito en su intento y que, a pesar de todo, no se han rendido o se han visto disminuidos en su capacidad de construir constantemente los mejores sueños de la humanidad.

Uso el verbo **construir** con toda intención. El arte es capaz de dar vida concreta a los sueños; más aún, de edificarlos pieza por pieza frente a nuestros ojos, con constancia y tozudez y de instalarlos con fuerza en nuestra conciencia. Con eso nos devuelve su poder subversivo de la realidad que permanece adormecido bajo el realismo pragmático que invade nuestra existencia cotidiana.

¿Cómo lo logra? ¿Qué fuerza alimenta el arte en su caminar junto a la humanidad?

No se puede entender la lucha de tantos artistas, durante tanto tiempo, sin la presión que ejerce el arte sobre ellos con su exigencia de reinvención constante de sí misma.

Esa presión y exigencia existen en todos los casos y requieren, en el proceso de creación de obras concretas, una respuesta específica de cada artista, quien se ve enfrentado a una decisión que no puede eludir si quiere entregar su propio aporte al arte de su época. Pienso que esa fuerza y exigencia del arte nacen de su esencia fundamental, que no es otra que **su propia libertad**.

Trataré de avalar con cierta coherencia esta afirmación.

EL ARTE, LA LIBERTAD Y LA ÉTICA

Estamos suficientemente convencidos de que los seres humanos nacemos con el sello de la libertad marcado en nosotros, y que el deber ser de nuestro destino como especie es el de conseguir la felicidad por medio de nuestra libertad de discernimiento y de acción. Sin embargo, las estructuras de nuestras sociedades, a lo largo del tiempo, han dificultado el ejercicio de ese derecho fundamental ya que, en el afán de garantizar la libertad de todos, terminaron construyendo a priori mecanismos de seguridad que, por tratar de ser “lo más seguros posible”, se han transformado en obstáculos a veces insuperables para la práctica de ese derecho.

Pareciera que lo que más preocupa es el uso que podamos darle a la libertad, y no pocas veces nos oímos decir que sería muy hermoso el poder confiar en el criterio personal de cada uno pero que, en general, “los otros” no siempre entienden que hay limitaciones que tienen que ver con la libertad de “todos”.

Esta afirmación es el fundamento de censuras de las más diversas especies, incluyendo aquellas que pesan sobre algunas disciplinas artísticas que tienen un impacto masivo importante, como el cine, por ejemplo.

Mucho se habla de la responsabilidad “ética” o social que los artistas tenemos para con aquellos a los cuales van dirigidas nuestras obras pero al mismo tiempo se soslaya, con manifiesta intención, el hecho de que **la ética es hija de la libertad**.

En efecto, la ética se asume como forma de vida, tanto individual como social, solamente si existe esa **decisión personal e intransferible**, a la que hacía mención anteriormente, y no cuando es el resultado del acatamiento de una imposición generada al margen de nuestras convicciones.

Es por eso que en la realidad la ética se va construyendo, al igual que la libertad, paso a paso, a lo largo de la vida y va sufriendo cambios constantes en cuanto a su calidad y aplicación en todas nuestras acciones. Por otro lado, la ética se pone a prueba recién en el momento en que entramos en contacto con los demás e intentamos construir una relación armónica de interdependencia con ellos, asumiendo las diferencias que los distinguen como individuos, en su propia especificidad.

Cabe señalar que el respeto a esas diferencias no tiene nada que ver con una pasiva tolerancia de los eventuales problemas derivados de esa relación.

Por el contrario, debería ser el resultado de la acogida gozosa del “otro” en un permanente diálogo que consigue poner en común, con la mayor honestidad de que seamos capaces, todo nuestro propio caudal de descubrimientos y de experiencias personales.

Es a través de la construcción de esa relación del **yo** con el **tu**, que nos vamos convirtiendo en **personas**, ya que ese **diálogo** es la base de la cultura, eje del proceso sobre el cual se funda toda la acción transformadora de la humanidad.

HABITAR LA SOCIEDAD

Esa transformación es, al mismo tiempo, personal y social, ya que el “mundo” que **habitamos**, al cual nos referimos muchas veces como un “sistema” que está **fuera** de nosotros, (y en el cual, a menudo, simplemente “**estamos**”), no es sino el resultado del conjunto de acciones que lo modifican constantemente, y que tienen su origen en un proceso de acumulación e interacción de diferentes experiencias, de nuestras percepciones subjetivas y de nuestros propios puntos de vista

Al emprender ese proceso de modificación, nos encontramos con múltiples exigencias que, sin duda alguna, tienen carácter ético, ya que es imposible no percibir la responsabilidad que asumimos al alterar de alguna manera lo pre-existente porque, al hacerlo, nos enfrentamos al riesgo cierto de podernos equivocar y con ello producir una involución, allí donde pretendíamos provocar un cambio positivo respecto a la situación anterior.

Habitar la sociedad, se refiere precisamente a ese estadio superior en el cual, a través del tiempo y de las sucesivas modificaciones mutuas, se produce una interdependencia entre el ser humano y el “lugar social” que no titubeo en calificar de “amorosa” y que logra el milagro de la aparición del concepto de **pertenencia**.

Esa **pertenencia al lugar social** actúa poderosamente sobre el sujeto creador ya que lo sitúa en un espacio concreto desde donde dirigir su mirada hacia el mundo que lo rodea, descubriéndolo de una manera única e irrepetible a la vez que le posibilita generar obras que lo modifican constantemente.

En definitiva, de eso se trata cuando nos referimos al concepto de “proceso cultural”.

La modificación a la cual me refiero tiene, la mayoría de las veces, una relación de costo-beneficio que no se puede soslayar y que suele teñir de manera negativa nuestras decisiones, ya que la sociedad contemporánea ha instalado el concepto de la eficacia exclusivamente en la rapidez del logro de beneficios sustantivos, en el más corto plazo posible. Este se expresa cabalmente en el consabido concepto del “menor esfuerzo y mayor rendimiento”.

Sin embargo, en el campo del arte, esas relaciones y conceptos pierden toda validez o, por lo menos, adquieren un sentido y una dimensión diferentes. Y es precisamente la ética la que produce ese cambio de percepción.

Voy a tratar de explicarlo en forma gráfica con un ejemplo y una comparación muy simples.

Se suele afirmar que el arte es un puente que nos conduce a la trascendencia. Si bien considero la comparación de una obriedad manifiesta, sirve para aclarar lo que afirmo. Está claro que para que un puente pueda cumplir su función, no es suficiente que exhiba un hermoso diseño sino que, y sobre todo, debe ser calculado cuidadosamente para llevar a cabo con la eficacia requerida su función.

Creo que la ética cumple en el arte un rol parecido. Se podría decir que **la ética es la “ingeniería” de la estética**, la base sobre la que se funda y se eleva toda la construcción de la expresión artística. Es el sentido ético el que controla la inevitable vanidad, es él que nos insta a **servir** a través del arte y no a **servirnos** de él y que, en definitiva, dirige nuestra acción transformadora.

Este **sentido** ético, es anterior a todas las normas y no tiene nada que ver con cierto tipo de imposiciones, explícitas o no, dictadas en diferentes circunstancias históricas y basadas, la mayoría de las veces, en un **concepto** de moral muy restringido y esencialmente formal. Aquí se plantea el antiguo y siempre nuevo conflicto entre concepto y sentido o, si se quiere, entre la razón y la emoción.

El concepto estructura, el sentido mueve. El sentido es la apuesta que está detrás de cada propuesta artística y que logra conmovernos y convocarnos a la acción. No significa esto el que haya que dejar de lado lo conceptual y la razón, sino que es indispensable completar el circuito y volver a sentir la emoción del llamado al **diálogo con los demás**.

En ese diálogo está la esencia del arte y su verdadero sentido. No se hace arte para complacerse a sí mismo sino para construir una relación armónica de interdependencia con otros a través de la belleza.

Una obra pictórica no “existe” hasta que sea contemplada por otros, al igual que una partitura musical no tendrá sentido sino después de haber sido interpretada y ejecutada frente a otros que reciben los estímulos formales y los recomponen emocionalmente dentro de sí mismos. Un plano de arquitectura no será arquitectura en plenitud hasta que el edificio construido establezca una íntima relación con sus “habitantes”, a través del uso cotidiano de su espacio.

Es así, simplemente porque son **los otros** los que le dan vida al arte y lo revisten de infinitas significaciones, al responder a sus estímulos construyendo, de manera personal e intransferible, su propio imaginario.

Sin embargo, en la práctica, negamos esta realidad, cuando definimos a los sujetos receptores del arte como **el** público, así, en singular, como si fueran partes exactamente iguales de una masa no diferenciada, con una respuesta unívoca a la provocación que la belleza ejerce sobre ellos.

Ese concepto es el mismo que ha servido de sustento para innumerables proyectos de arte oficial que, a lo largo de la historia, sistemas autoritarios han tratado de imponer en diferentes sociedades y que, en todos los casos, han fracasado estruendosamente.

Algo parecido acontece en la sociedad de mercado a la hora de definir el universo de los “consumidores” de la supuesta cultura que difunden los medios de comunicación. Ellos son divididos, a lo más, en “segmentos”, que recuerdan de manera muy sospechosa la segmentación del cuerpo social en “clases”, tan vilipendiada por los paladines del libre mercado.

Resulta que el diálogo que un espectador teje con la obra de arte, es lo más parecido a una relación amorosa, con su carácter de comunión intensa y de atracción mutua.

No está demás recordar aquí, que el término **espectador** viene del adjetivo **expectante**, que es una cualidad específica, eminentemente activa, que se adhiere a cualquier ser humano solamente en momentos muy determinados, y que permite el libre flujo de respuesta a los estímulos recibidos por el contacto con la obra de arte.

Al igual que el lenguaje hablado es de verdad un puente transitable de ida y vuelta, solamente cuando se expresa en un idioma comprendido por los interlocutores, así el **sujeto expectante** establece un nexo vital con la obra de arte, a partir de un misterioso contacto emocional que la hace entendible, el que no se da en todos los casos y que va mucho más allá del conocimiento racional de sus cualidades formales.

Quisiera detenerme en el valor de ese contacto emocional y tratar de definir, casi de manera intuitiva, el tipo de relación que genera.

Partiré afirmando que esa relación es de estrecha interdependencia y que se da, exclusivamente, cuando las energías en juego llegan al nivel de intensidad indispensable para efectuar el trueque emotivo entre la obra de arte y el espectador. En pocas palabras, se trata de un verdadero enamoramiento recíproco, al igual que en situaciones parecidas entre seres humanos.

Postulo que la obra de arte tiene una vida propia desde el momento en que el artista termina su intervención en la materia que la constituye y que ese hálito de energía no sólo sigue intacto a través del tiempo sino que, incluso, en muchas ocasiones aumenta su intensidad. Esto sucede cuando la obra entra en contacto con un contexto favorable que es capaz de revitalizarla en su verdadero contenido espiritual.

Abundan, en la historia del arte universal, los casos de obras absolutamente incomprendidas en su época u olvidadas durante mucho tiempo que, de pronto, vuelven a tener hondo significado. Podría decirse que existe un ciclo de altos y bajos para cada producción artística a través de las épocas, que se repite constantemente y que corresponde casi a un ritmo de respiración.

Estoy absolutamente convencido de que la esencia de la obra de arte está en la intensidad de amor con que el autor es capaz de llenarla.

Muchas veces he reflexionado acerca de lo efímero de toda obra humana y debo reconocer que, entre mis actividades artísticas, el teatro ha sido el que más me ha ayudado a acercarme a este misterio con una gran dosis de serenidad.

La obra teatral nace, vive y muere cada vez arriba del escenario en el corto tiempo de su desarrollo y no existe una única versión de ella, repetible en el tiempo de manera idéntica, para que pueda ofrecer al espectador un apoyo objetivo, cuantificable y medible por todos de la misma manera.

Es de las pocas obras del ser humano que se expresa y se entrega durante el proceso de hacerse a sí misma, al igual que la música. Ninguna versión es igual a la otra porque el público ejerce cada vez una acción modificadora a través de sus reacciones que producen un verdadero circuito de retorno con el actor o el intérprete de la partitura musical. Es ese fenómeno el que me hace afirmar que la obra teatral se quema en el escenario y que vuelve a nacer, diferente, todos los días.

Y, si todas las obras humanas tarde o temprano desaparecen, ¿qué sentido tiene el seguir deseando que duren para siempre? ¿Qué sentido puede tener el suponer una suerte de eternidad para ellas si sabemos que, aún en aquellos casos de que nos sobrevivan, irremediablemente desaparecerán en el futuro?...

Al tratar de contestar esas preguntas he llegado a una respuesta tentativa que, reconozco, puede ser considerada demasiado personal. Es la de que, a pesar de su segura muerte física, el amor que yo haya sido capaz de insuflarle no desaparecerá y seguirá viviendo en algún lugar, animando el universo.

Hace un tiempo, durante un encuentro de directores teatrales en Madrid, en una rueda de prensa, se nos preguntó a los panelistas cual era la razón del por qué hacíamos teatro. Después de haber oído las razones esgrimidas por mis colegas, todas de un gran contenido tanto teórico como emocional, al llegar mi turno, respondí con algo impensado y tal vez muy fuera de las expectativas de los presentes. En aquella ocasión expresé que la única razón valedera que podía esgrimir, era la de que "el hacer teatro es mi manera de poderle decir a la gente que la quiero".

Tal vez, esta tentativa sea mi minúsculo aporte a la construcción de un arte que se funde en un sentido ético más amplio, expresado en el intento de establecer un diálogo constante con aquellos otros que, con su intervención emotiva, contribuyen a construir un mundo más humano y hermoso para todos.